

Para dar fin á estas tristes reflexiones debemos también hacer mención del grave mal que aflige á casi toda nuestra sociedad y compromete seriamente su porvenir : mal que se ha importado del viejo mundo, pero sin los correctivos que allí neutralizan sus efectos : hablamos del *amor desenfrenado* al dinero, que comprime los más nobles sentimientos del corazón, ataca las creencias y santifica el egoísmo. Al deseo de adquirir se sacrifican el deber, el honor y la virtud ; pocos son los que trabajan por ganar gloria, estimación y las bendiciones de sus compatriotas, y menos aún los que sólo aspiran á gozar de la dulce satisfacción de hacer el bien ó cumplir con un deber. El cambio de instituciones, la reforma de las leyes, la elección de los mandatarios, los trastornos públicos, los prevaricatos, las bajezas, todo es una especulación pecuniaria. El *becerro de oro* ha venido á ocupar el tabernáculo del Dios de nuestros padres. La libertad, la igualdad que tanto se decantan para alucinar, corromper y explotar la multitud, son deidades subalternas que apenas hacen el oficio de mediadoras. Sobre la estatua de la *libertad* hay en la Nueva Granada una divinidad superior, el oro*.

* *Catolicismo* de 18 de Junio de 1853.

CAPÍTULO XVIII

PARODIAS Y RUINAS

Las influencias extranjeras. — La de Francia en los tiempos que precedieron y siguieron á la revolución de 1848. — Extiéndense las sociedades democráticas. — Fundación de la Escuela Republicana y de la Sociedad Filotémica. — Sesión de la Republicana el 30 de Octubre. — Se ofrece uno á ser verdugo del Arzobispo. — Temores que esto inspiró. — Proceso infame. — Quejas de los democráticos. — Plaga de ladrones é inseguridad pública. — Horror á los democráticos. — Mensaje del Presidente López y representación de la Democrática al Congreso. — Remoción del cuerpo de policía. — Reuniones en el Salón de Grados. — El juicio por jurados. — Se estrena la ley con Russi y sus consortes. — Las democráticas en el Cauca. — Sus excesos. — Conducta del Gobierno. — Asesinato de Pinto. — Revolución de 1851. — Encarnizase la persecución religiosa. — El Arzobispo Mosquera. — *El Catolicismo*. — El Doctor Cuervo fue uno de los primeros redactores. — Hostilidades oficiales contra la Iglesia. — Leyes contrarias á ella. — Protestan el Arzobispo y los obispos. — Conflicto con ocasión de la convocación á concurso. — Rechaza el Arzobispo la intrusión del Vicario de Antioquia. — Acusación y juicio del Arzobispo. — Su extrañamiento y salida. — Acusación y juicio de los demás obispos. — Manifestaciones que se hacen en el extranjero á los desterrados. — Tentativas para revolver la Iglesia. — D. Manuel Fernández de Saavedra. — *El Arzobispo de Bogotá ante la Nación*. — *Defensa del Arzobispo de Bogotá*. — Efectos de esta publicación. — Se reimprime el libelo en Chile. — Desorganización de la República. — Ley de descentralización de rentas y sus consecuencias. — Efectos de la autonomía de los cabildos en la instrucción primaria y en la suerte de los curas. — Decaimiento de la instrucción secundaria. — El Colegio Nacional. — El Seminario y el Colegio de la Merced. — La administración de justicia. — Disputa entre el Presidente y la Corte Suprema. — Conclusión.

Cuando nuestros padres rompieron los vínculos políticos que los unian á España, no pensaron en

que de hecho quedaban sometidos á otro vasallaje en ocasiones igualmente funesto, cual es el que constituye la inferioridad literaria y científica, agravada en toda la América española por la distancia de los centros de cultura, por la comunicación difícil y la escasez de personas suficientemente ilustradas para discernir entre la buena y la mala doctrina, y lo adaptable ó contrario á las peculiares circunstancias de cada país. La primera sangre que se derramó en nuestro suelo por las contiendas civiles, se debió á la alucinación de querer acomodar á comarcas que ni la más remota idea tenían de la vida política, las instituciones de los Estados Unidos, impuestas á ellos por la naturaleza misma de las cosas, como que varios de los miembros de esta federación ni una línea tuvieron que cambiar á sus antiguas constituciones al separarse de la metrópoli. La desorganización producida por este desacierto facilitó la reconquista al ejército expedicionario de Morillo, y la forma que nosotros hemos disfrutado de la federación ha merecido calificarse de anarquía organizada. Recobrada la patria, vino la maléfica influencia que ejercieron los liberales españoles con sus ideas sobre derecho público eclesiástico y con sus escritos ligeros enderezados á minar la piedad y poner en descrédito los institutos religiosos; y lo que es más singular, sirviendo de conducto para que llegaran á nosotros el sensualismo y el utilitarismo extranjeros, aumentada su crudeza, á lo menos en el tratado de legislación de Bentham, cuyas notas son

todavía más perniciosas que el texto*. Con no menos fe se recibieron después las declamaciones y dañinas utopías de los republicanos y socialistas franceses que prepararon é hicieron la revolución de 1848; y si este memorable acontecimiento conmovió á todos los pueblos de Europa, en la Nueva Granada, por las peculiares circunstancias en que se hallaba, las consecuencias fueron más deplorables y los escándalos mayores.

La influencia de Francia durante los años que pre-

* Para mayor abundamiento, agregaremos á lo dicho en otro lugar (tomo I, pág. 27) algunas noticias sobre la influencia de Bentham en la revolución española de 1820 y sobre los motivos que le hicieron simpático en América. Recién abiertas las Cortes, les dirigió una carta sobre los inconvenientes de establecer una cámara alta, la que fue leída en ellas con fervientes aplausos; también se leyó en la sociedad patriótica del café de la Cruz de Malta, que, entusiasmada, envió á su autor el diploma de miembro honorario. Poco después Argüelles le consultó sobre la institución del jurado, y el Conde de Toreno, que le proclamaba lumbrera de la humanidad, sometió á su examen el *Proyecto de código penal*, lo que dio materia á siete extensas cartas del jurisconsulto inglés. Calatrava, el principal entre los redactores del *Proyecto*, ensalzaba en las Cortes la humanidad, la filantropía y el genio sublime de Bentham. De esta manera el que era abominado en Inglaterra como caudillo de los radicales, vino á ser legislador de España, según lo advierte el traductor francés de estos opúsculos (*Essais de Jérémie Bentham sur la situation politique de l'Espagne*, p. 179: París, 1823). En lo más vivo de la influencia del liberalismo español, á mediados de 1821 con la primera avenida de libros españoles, llegó la traducción de Bentham á Bogotá (Groot, *Hist. ecles. y civ.*, tomo III, p. 143). La aceptación que tuvo estaba preparada, pues él era conocido de los primeros hombres de nuestra revolución, en el concepto de que aunaba en sus simpatías á los liberales de España y América; simpatías tan sinceras, que por ese tiempo hacía valer todo su influjo para que la metrópoli emancipase á sus colonias (*The works of*

cedieron á la revolución es muy perceptible en nuestros asuntos políticos, así para bien como para mal. La ley de libertad de enseñanza (8 de Mayo de 1848), por ejemplo, fue sin duda eco de las discusiones que tanta gloria dieron al elocuente Dupanloup. Acaso no es aventurado afirmar que á los enemigos de Mosquera no se les hubieran ocurrido sus invectivas contra los despilfarros y dilapidaciones, ni hubieran declarado guerra á los monopolios, á no ver á los periódicos franceses desencadenarse, ya

*Jeremy Bentham, published under the superintendence of his executor, John Bowring, tomo X, p. 514-515. Véase además la curiosa carta de Bentham á Bolívar, fechada el 13 de Agosto de 1825, en las Memorias de O'Leary, tomo XII, p. 265). Grande amigo de Miranda, le redactó antes de partir éste para Venezuela en 1810 una ley de libertad de imprenta, y proyectaba él mismo hacer un viaje á este país. Miranda, que le consideraba como uno de los principales apoyos de la libertad americana, le daba parte de sus empresas (véase la citada edición de Bentham, pp. 458, 552). El célebre escritor á quien Nariño cita de memoria en el proyecto de constitución que presentó al Congreso de Cúcuta, para sostener que no debía haber sino una sola cámara, es el mismo Bentham en la carta á las Cortes, arriba mencionada, y que sin duda vio en España traducida por D. José Joaquín de Mora. Finalmente diremos que este liberal español, benthamista fervoroso, que al anunciar aquella traducción en el *Constitucional* de 18 de Agosto de 1820 hizo pomposo elogio de su ídolo, fue el primero que enseñó en Chile sus doctrinas (J. V. Latorria, *Recuerdos literarios*, p. 24).*

La redacción francesa de Dumont ha tenido escasa circulación entre nosotros; y así nos parece fuera de toda duda que sin el entusiasmo de los españoles por Bentham, gracias al cual sus obras se vulgarizaron é hicieron accesibles á la juventud colombiana en circunstancias tan especiales, acaso no salieran entre nosotros del gabinete de los doctos ni se convirtieran en bandera de partido á título de ser cosa de patriotas y liberales.

contra el monopolio universitario, ya contra las malversaciones de ciertos altos empleados y contra los que tenían hambreadas las poblaciones guardando el trigo en sus almacenes.

Seguíase con el más vivo interés entre nosotros el curso de las cosas en Francia, de modo que al saberse la crisis, los periódicos publicaron hasta los incidentes más pequeños, y reprodujeron las proclamas, discursos y decretos en que se contenían las conquistas de los nuevos apóstoles. La revolución triunfante el 7 de Marzo se esforzó en copiar ó parodiar esos actos. Abolióse la pena capital por delitos políticos y la de vergüenza pública; se desterraron los tratamientos oficiales de los magistrados reemplazándolos con el de *ciudadano*, porque en Francia se declararon abolidos todos los antiguos títulos de nobleza y las calificaciones que les eran anexas. Poco después se dio atropelladamente libertad á los esclavos, como el gobierno provisional la dio á los de las colonias francesas.

Los liberales verdaderos (que eran entonces los conservadores) aceptaron gustosos entre estas reformas las que eran razonables y no herían derechos adquiridos. Los revolucionarios se apropiaron cuanto conducía á solevantar é inflamar las muchedumbres para granjear prosélitos y dóciles instrumentos. Parecía que á los conservadores cautivaba el papel generoso y poético de Lamartine, que arrancaba la bandera roja de la casa municipal, mientras los otros se dejaban arrebatarse de Luis Blanc cuando arengaba

á los obreros en el Luxemburgo anunciándoles la renovación del mundo social y el remedio de todas las miserias del pueblo. La idea de un progreso indefinido que llevaría la humanidad á abrazarse en el regazo de la democracia cristiana, impresionó vivamente á individuos de ambos partidos, en especial á los jóvenes. Aquellas palabras mágicas con que se electrizaba al pueblo de París, libertad, igualdad, fraternidad, democracia, soberanía del pueblo, sufragio universal, revueltas con la Biblia, con Jesucristo, con la humanidad, no se les caían de la boca á nuestros tribunos en las sociedades democráticas ni tampoco en las contrarias*. Pero no pasaba de aquí la conformidad, pues los conservadores repudiaban el socialismo y el comunismo, y nada admitían que atacara las bases de la sociedad cristiana. Los otros no hacían ascos á las doctrinas más subversivas, y sólo como materia de exornación retórica profesaban

* Es tipo acabado de estos revoltillos la siguiente lista de brindis propuestos en un banquete reformista celebrado en Limoges en Enero de 1848 : Por la soberanía del pueblo ; Por la libertad, la igualdad y la fraternidad ; Por la organización del trabajo ; Por la solidaridad humana ; Por la instrucción nacional ; Por el problema pacífico del proletariado ; Por la libertad de imprenta ; Por el sufragio universal ; Por el porvenir religioso de la humanidad ; Por la propiedad y la familia ; Por Jesucristo ; Por el triunfo de la libertad ; Por el pueblo. El periódico titulado *Le Peuple* da en los términos siguientes noticia de un *Banquete religioso y social* celebrado « en memoria del nacimiento de Jesucristo, el grande apóstol del socialismo » el 25 de Diciembre de 1848 : « Abrióse dignamente la sesión con la lectura del Sermón del Monte, y después de cantar con recogimiento el himno á la fraternidad, se propusieron estos brindis : una señora cuyo nombre no recordamos : Por Cristo, padre del

un cristianismo vago, ideal, sin dogma, sin culto ni ministros, el mismo que tanto efecto producía en los clubes de París. Entre nosotros se efectuó la más inicua persecución al catolicismo prometiendo « predicar la moral en consonancia con los dogmas del cristianismo *a novo*, es decir la doctrina consoladora y divina del Evangelio* »; y llamando á éste « el libro divino de la religión no menos que de la democracia, el libro de donde se ha tomado el lema de las tres grandes palabras regeneradoras de la especie humana, libertad, igualdad y fraternidad** ». Tanto se hablaba del Gólgota, voz que por su uso poco frecuente y hasta por su acentuación se brindaba á períodos rimbombantes en prosa y verso, que al fin estos ilusos fueron bautizados con el nombre de *gólgotas*.

También se imitó aquel hermanamiento de que dieron ejemplo los estudiantes el 2 de Abril en el Campo de Marte, quitando de las manos sus herra-

socialismo ; la señora Jeanne Déroin : Por el advenimiento de Dios á la tierra ; etc. En seguida nuestro amigo Pierre Leroux, que con tan buena voluntad corresponde siempre á los deseos de sus hermanos y amigos, volvió otra vez al Sermón del Monte, y, habiéndolo comentado, saludó el advenimiento de una religión nueva fundada en la solidaridad, y en la que habían de aunarse la afirmación del corazón y la sanción de la ciencia. Esta improvisación, dicha con emoción y entusiasmo, mereció los más vivos aplausos. Siguiéron los brindis : la señora Brazier : Por la Navidad ; Hervé : Por Saint-Just, mártir de Termidor ; Bernard : Por el Cristo vivo, por Francia. » — Estos fueron los Felicianos de Silva que volvieron el seso á nuestros demócratas.

* *Gaceta oficial* de 11 de Julio de 1850.

** Discurso de posesión del vicepresidente Obaldía (1.º de Abril de 1851).

mientas á los obreros y cantando la *Marsellesa* abrazados con ellos, y que se veía á cada paso en los banquetes fraternales, confundiéndose todas las categorías sociales y todos los vestidos. En las sociedades democráticas granadinas, los miembros del Gabinete y la generalidad de sus sostenedores se mezclaban con gente despreciable, no ya para infundir sentimientos generosos ó estimular al ejercicio honrado del trabajo, sino para avivar las pasiones y desviar los buenos instintos.

En estas juntas, explayando las ventajas de la asociación en el lenguaje de Saint-Simon y Fourier, se halagaba á nuestros artesanos con las mil soñadas ventajas del establecimiento de talleres industriales. De las novelas de Eugenio Sue, que constituían casi la total erudición de muchos que la daban de publicistas, amasadas con las declamaciones de otros de la misma estofa, sacaban materia los tribunos para remedar aquellas arengas con que se incitaba al pueblo á reivindicar sus derechos, conculcados, según decían, por una opresión secular, y que ninguna aplicación podían tener entre nosotros, pues aun los esclavos mismos eran harto más felices que los obreros y proletarios de Ultramar; y era lo más peregrino que se declamaba contra el feudalismo y otras cosas semejantes, que cuanto menos se conocían entre nosotros, tanto más se prestaban á ridículas y siniestras interpretaciones.

En las siguientes páginas nos proponemos bosquejar las consecuencias de tales remedos y de la

necesidad en que se vieron los liberales, para acreditar su nombre, de exagerar locamente las libertades, ya harto grandes, que sus predecesores habían establecido. En semejante competencia de desvarios con los franceses y de liberalismo con los conservadores se ayudaron recíprocamente, para ruina de la nación, el candor de unos, la incapacidad de otros, la perversidad de no pocos y los odios y rencores de partido.

Si los revolucionarios de 1840 hubieran triunfado en 1849 por efecto de un alzamiento y después de ganar batallas en el campo, su caudillo se viera obligado, tarde ó temprano, á organizar su gobierno, á licenciar parte de sus tropas y tratar de apaciguar los partidos. En una palabra: la revolución hubiera pasado. Pero subiendo al poder con una victoria sin combate y quedando en pie é incólume el enemigo, les fue preciso conservar y aumentar la fuerza con que habían alcanzado esa victoria: el triunfo no fue pues sino el comienzo de la revolución.

Lo que era y lo que prometía la sociedad Democrática de Bogotá sugirió la idea de propagarlas por todo el país, hasta en los pueblos más insignificantes. Se procuró conmover á todos los ciudadanos y empeñarlos en la política, darles la iniciativa en todas las cuestiones públicas, volviendo las instituciones á la época primitiva de las repúblicas, cuando, no habiendo gobierno representativo, el pueblo no desamparaba la agora y el foro; por una aplicación

maliciosa y extravagante del ensanche dado al poder municipal durante el gobierno de Mosquera, se puso en práctica la autonomía de la aldea, dejando á cargo de la ignorancia y de las intrigas lugareñas los intereses de la enseñanza y el orden del culto católico, hasta poner al arbitrio de las muchedumbres el nombramiento de los párrocos y aun prometerles participación en el de los obispos. Pero nada de esto podía hacerse sin adular malignamente bajas pasiones. Alegando fingidos agravios, al paso que se despertaba la envidia y odio del pobre contra el rico, se presentaba á las turbas como próximo el día en que los ignorantes y la última hez de la sociedad habian de llegar á los primeros puestos, no ya en fuerza del trabajo y la inteligencia, sino por el mero hecho de ser los últimos. « El pueblo es libre hasta donde es posible serlo, — se lee en la Gaceta Oficial de 29 de Septiembre de 1850, — sólo faltan algunos pequeños rasgos para acabar su situación política : el sufragio directo y la abolición de toda traba pecuniaria y condición de instrucción *primaria* para poder ser ciudadano y *legislador*. »

De Bogotá partían como emisarios á comunicar el incendio á las provincias, jóvenes acabados de salir de los colegios con la cabeza llena de las ideas más dañinas, y las sociedades fundadas asumían en cada parte carácter diverso, según las circunstancias é intereses locales, si bien animadas todas de un mismo espíritu. Para que en todo tiempo constara que este movimiento provenía de impulso oficial, en la *Gaceta*

se publicaba el establecimiento de cada club con el aplauso que mereciera la empresa más útil y patriótica.

Mientras las democráticas se multiplicaban en toda la República alimentando gérmenes de odio y desolación, quisieron en Bogotá unos jóvenes entusiastas y desvanecidos con las ideas novísimas buscar campo más adecuado á sus aspiraciones, fundando una nueva sociedad que llamaron *Escuela Republicana*. Inauguróse solemnemente en 1850 el 25 de Septiembre, fecha de triste recuerdo asistiendo el Presidente de la República, parte del Ministerio, muchos funcionarios públicos y una diputación de la Democrática. Los oradores dieron las primicias que eran de esperarse de jóvenes que discurren sobre la libertad y otros temas igualmente propios para amontonar palabras sobre palabras muy sonoras y muy huecas ; los aplausos fueron estrepitosos y no faltaron las coronas. Si entre esta hojarasca se traslucían bien los delirios socialistas, sería demasiado rigor afear los sentimientos que los producían, porque al fin aquéllos pueden hermanarse con el corazón generoso de la juventud ; lástima sí que con ellos apareciesen las sugerencias de demagogos impenitentes que los enseñaban á glorificar la memoria de aquella infausta noche de 1828 en que otra juventud desvariada estuvo á punto de quitar la vida al Libertador, y les imbuían la saña contra la Iglesia católica y muy particularmente contra el venerable Arzobispo de Bogotá.